
EL EDUCADOR COMO AGENTE DE FELICIDAD

UNA REFLEXIÓN DESDE LA PSICOLOGÍA HUMANÍSTICO-CRISTIANA

Lic. Iván Maurial Chávez

RESUMEN

El autor, basado en su experiencia personal y en los fundamentos de la psicología humanístico-cristiana, realiza una reflexión acerca del sentido profundo de la educación como un quehacer que trasciende al mero hecho de impartir conocimientos con el favor de las nuevas tecnologías. Propone que el educador debe ser promotor de felicidad en la medida que orienta, con su propia personalidad, la docencia hacia el crecimiento personal centrado en la realización de valores y búsqueda del sentido de la vida. Señala, además, la pertinencia del conocimiento de la logoterapia y del análisis transaccional y de la necesidad de recuperar el valor de la religión en la fundamentación de una vida con valores.

PALABRAS CLAVE

Análisis transaccional, educación, felicidad, personalidad, sentido de la vida.

ABSTRACT

The author, based on his personal experience and on the foundations of humanistic & christian psychology, reflects about the in-depth meaning of education as a routine that goes beyond the simple fact of transmitting knowledge enhanced by the use of new technologies. The educator should become a promoter of happiness when guiding a value-building teaching process towards personal growth focused on the search of the meaning of life. The author also points out the pertinence of having knowledge on logotherapy and transactional analysis, as well as the necessity to regain the values provided by religion to base a life on values.

KEYWORDS

Transactional analysis, education, happiness, personality, meaning of life.

INTRODUCCIÓN

El educador es antes que todo un estudiante. Su vocación consiste en seguir aprendiendo mientras enseña a otros a convertirse en mejores personas. Tarea difícil, por ser cada persona tan compleja ya desde la infancia. ¿Cuántas lecciones de autenticidad, de disfrute y de ternura nos dan los más pequeños? Demanda paciencia y mucha responsabilidad estar al frente de ellos y con ellos. Se requiere de la misma reverencia del autor de “El Principito” en la dedicatoria de su libro: *“Pido perdón a los niños por haberle dedicado este libro a una persona mayor (...) Todas las personas mayores fueron niños alguna vez, pero pocas lo recuerdan. Corrijo entonces mi dedicatoria: A Leon Werth, cuando era niño”* (Saint Exupéry, 2000: 5).

Los conocimientos importan para el logro del objetivo de educar. Las tecnologías propias e importadas de otras ciencias aportan la dosis de eficacia. Pero el centro de gravedad de la actividad educativa, su razón de ser, nos involucra a educadores, comunicadores, psicólogos, sociólogos, filósofos y teólogos. Nos convoca el tema del valor y también el tema de Dios en el que tanto confían los niños de padres ateos. Nos convoca lo más valioso que tiene una persona: su dignidad. Si hay palabra que resume el sentido de nuestra labor como hombres de ciencias humanas es “dignidad”. Estamos enseñando el universo comprensible y parte del incomprensible a la siguiente generación y cada vez se hace más necesario ser verdaderamente humanistas.

El educador va por delante. Nos lleva la delantera en esta misión de hacer mejor al hombre ya desde sus primeros días en la vida. Como psicólogo y docente universitario

me veo doblemente comprometido con las reflexiones que estoy poniendo por escrito. No creo que escribir sobre “el educador como agente de felicidad” sea una exageración. La felicidad, como todo lo importante en la vida del hombre, es difícil para definir con palabras. Pero cada persona tiene una experiencia mínima de felicidad. No es el lugar para discutir qué es la felicidad. Aunque sí me corresponde esbozar una idea de ella en general. Mi postura será cómoda y la plantearé desde la perspectiva del existencialismo de Viktor Frankl, quien afirma: “Yo diría que lo que el ser humano quiere realmente no es la felicidad en sí, sino un fundamento para ser feliz. Una vez sentado este fundamento, la felicidad o el placer surgen espontáneamente” (Frankl, 1987: 11).

Antes que definir la felicidad voy a encontrar las coordenadas que me llevarán a “localizarla”. La felicidad es el resultado de haber encontrado el sentido de mi propia vida; por lo tanto, la felicidad no se produce directamente con ninguna educación. Lo que sí puede hacer el educador es servir de modelo de conducta en función de los valores. A cada alumno le corresponde elegir qué valores quiere realizar en su vida. El valor requiere ser realizado a cada instante y su cumplimiento a través del tiempo dice de una vida que ha encontrado sentido. La felicidad es la consecuencia de haber dado cumplimiento a una misión que le es encomendada a cada persona y que ella reconoce a cada instante mientras respira. Es solo en este sentido que considero válido mi propósito de entender al educador como promotor de numerosas vidas que hallaron sentido y, en consecuencia, felicidad.

NATURALEZA DE LA EDUCACIÓN

Si nos remitimos a la etimología de “educar”, deriva de “educare” (= ir conduciendo de un lado a otro) y también de “educere” (= extraer, sacar fuera). Dos sentidos, el primero da cuenta del aspecto pasivo del “educando”. Debe asumir que lo transmitido es cierto. Debe ser “dócil” (= capacidad para dejarse instruir). La segunda acepción involucra la acción manifiesta del educando que revela algo de sí mismo. El educador extrae lo mejor de las posibilidades de su instruido. Esa labor corre más a cuenta del propio sujeto que en el proceso de aprendizaje se educa a sí mismo. Aquí ya no sólo se trata de conocimientos sino más bien de la ejecución de principios y valores. En este sentido el educando se manifiesta como persona, como ser que es valioso porque es único y puede aportar de modo único.

Ahora me doy cuenta de que la educación es desde su inicio un “acto violento”. Pero se trata de violencia elemental y necesaria: para vivir (= biología) como ser humano *debo aprender* a convivir (= cultura). Para convivir es necesario que alguien transmita conocimientos que

afecten a todo el individuo. Lo adquirido nos puede servir para realizar todas las posibilidades de lo humano. Alguien del entorno, por lo general la familia nuclear y luego el educador profesional, da *información útil* al nuevo integrante de la comunidad, pero educar trasciende el simple hecho de transmitir conocimientos, es necesario también formar. La formación exige una personalidad potente y congruente que sirva de modelo eficaz de cómo proceder junto con la información.

El educador requiere de lo que denomino “destreza personal” (calidad humana), algo más amplio que “asertividad” o que “habilidad social” y algo más de lo que algunos psicólogos llaman, a mi juicio sin acierto, “inteligencia emocional”. El coeficiente personal-espiritual elevado nos da la capacidad para la ternura (capacidad para amar), el sentido de uno mismo y del otro (sentido de justicia), también para el sentido del humor (capacidad para vivir en un mundo imperfecto) y el sentido del sufrimiento (sentido de espera y de esperanza). La destreza personal consiste en saber ser persona. Trasciende la *técnica* o “saber hacer” (= instrumental) e ingresa en el ámbito del “saber ser” (= sustantivo).

La madre, el padre, los abuelos, el tío, la empleada y los hermanos ofrecen información al pequeño que imita y utiliza los datos recibidos, y junto con ellos, la formación hace que estos datos sean parte del universo privado del sujeto que va aprendiendo a conducirse a sí mismo. El educador con personalidad incongruente, puede informar y afirmar la destreza intelectual de su educando, pero así también puede deformarlo en su vida personal. Los padres y los profesores podemos interferir negativamente en los niños e incluso en los alumnos adolescentes. En realidad no sabemos hasta qué punto el educador logra su objetivo de educar. La educación depende sobremanera del interlocutor. La variable “libertad individual” juega un rol muy importante junto a las variables genéticas y medioambientales.

El ser humano como “*animal simbólico*”, a decir de Cassirer (1945), tiene la capacidad de atribuir varios significados sobre su estímulo-situación. El educador tanto como el psicólogo hacemos lo posible, servimos de modelo y guía. El educando y también el paciente en la consulta es su propio maestro que hace sus lecciones reelaborando nuestras sugerencias y argumentaciones. En el caso de la terapia, también hacemos “lecciones” (del lat. “*lectio*” = leer), pero sobre todo hacemos buenas preguntas. Nosotros, los profesores, hemos hecho nuestra propia síntesis cuando alumnos, y en el mejor de los casos, tenemos la capacidad para cambiar nuestra manera de ver las cosas. ¿Quién de nuestros padres pensó que al educarnos a su modo, iba a tener como resultado las personas que somos y lo que hemos logrado hacer de nosotros mismos?

EDUCACIÓN Y PERSONALIDAD

Este espacio es para recordar que el educador es forjador de personas. Para los griegos “persona” era *prosopón* que significa “máscara”, no en el sentido de hipocresía negativa y malintencionada sino de máscara que hace una sola figura o *Gestalt* con el actor que está detrás. En la dialéctica conductual de sujeto y apariencia se configura la personalidad que es el modo habitual de conducta: el modo habitual de pensar, sentir, decir y hacer; el término “habitual” implica una acción semejante a la anterior. La recurrencia conductual da cuenta de la persona que está oculta tras la máscara. Los griegos no se equivocaron, rápidamente reconocieron que el ser se oculta detrás de la apariencia, pero no sólo se esconde sino que también se manifiesta a través de la máscara.

Puede que estemos imaginando máscaras con expresión que pudieran favorecer la risa o la repulsa del público, sería equívoco visualizarlo así. El actor griego necesitaba de algo más que saber su rol, debía ser uno sólo con su máscara inexpressiva, necesitaba imprimir su propio *sello* (= Gr. *charákte*) en la máscara a fin de lograr el efecto deseado. El auditorio debía vibrar con dicha actuación. Los griegos eran más sutiles: no era “el actor y su máscara” sino “el actor que se revela en su máscara”, máscara y actor eran una sola entidad. Los romanos trivializaron el concepto en “*sonar a través de*” la boquilla de la máscara (Lat. *per-sonare*). Persona es el “ser en sí mismo” (= individuo racional) que se realiza a través de su conducta recurrente en el medio social (= personalidad).

Las diferentes máscaras de actuación son los roles sociales y es a través de los roles por los que la *persona* (= individuo racional) se realiza como tal; la máscara tiene dos utilidades: protege porque cubre deficiencias ante los demás y esconde al individuo de sí mismo con idéntica finalidad. El autoconocimiento absoluto es imposible, el conocimiento del otro es en realidad sólo aproximación al misterio del otro. Ni los grandes conocedores de la mente ni los místicos más encumbrados saben con certeza de sí mismos. Al respecto, nos dice Iacópi (2007) que Francisco Forgione di Nuncio, Padre Pío, repetía “*Yo soy un misterio para mí mismo*” (cuando le preguntaban por sus estigmas). Los psicólogos andamos a tientas y sólo tenemos la pretensión de conocer aspectos del ser. Los griegos intuyeron bien: el hombre no se da a conocer tan fácilmente, pero es a través de la máscara como se presenta el ser que soy (sí mismo, self). Al igual que el actor cuando deja su sello personal en el rol que representa, así también infiltramos, de manera potente, algo de nosotros mismos.

El rol es un estereotipo y se considera “normal”. Nosotros lo representamos dependiendo de la situación,

al hacerlo así le damos nuestro estilo a la representación. Es cierto que, utilizando términos de la metafísica y de la ontología, el ser nunca se revela. En términos del filósofo: “*La verdadera naturaleza gusta de ocultarse*” (Heráclito, 8: 123), equivale a decir: el ser se esconde detrás de su manifestación, se manifiesta a través de algo, pero al mismo tiempo, deja que impresione la manifestación antes que él mismo. La tendencia es que cuando vemos al individuo observamos su personalidad, si bien la persona es inagotable y su conocimiento siempre es incompleto y provisional, la personalidad es la manifestación de la persona, aunque por lo general olvidemos que la persona está detrás.

Para los griegos la máscara era semejante a los diversos roles que adoptamos en la sociedad, los roles aceptados en la cultura los puede asumir cualquiera, la diferencia empieza cuando uno imprime su sello personal en el rol que ejerce socialmente. No hay máscara (rol) sin actor (individuo). El hecho de que varios de entre nosotros usemos la misma máscara no garantiza que vayamos a representar lo mismo. Un profesor detrás de su rol de maestro puede interpretar el rol de forma mediocre o sobresaliente, el profesor no siempre es profesor pero se oculta en el rol y gracias a él progresa y se vuelve profesor; el alumnado es testigo de la diferencia entre cada docente que ingresa en el aula, cada uno tiene su peculiaridad personal y su forma de enseñar.

Arduo trabajo le corresponde al educador el abrir y sacar (= educere) lo mejor de *su alumno* (= persona en su rol de alumno), es menester revelar lo que está dentro de su ser, no se trata de conocimientos acerca de algo sino de posibilidades humanas: la posibilidad de amarse a sí mismo, de ser mejor en la medida que puede postergar el placer inmediato por satisfacciones superiores; sería el inicio la conducta virtuosa. Esta labor la puede realizar el educador cuando tiene riqueza personal, no es necesario un discurso impresionante, basta su presencia silenciosa, su mirada, su actitud ante la vida. Cuando se viven los valores quedan impresos en la corporalidad; el cuerpo se espiritualiza y transmite confianza.

LA PERSONALIDAD DEL EDUCADOR

A lo largo de mi experiencia como alumno en el colegio y en la universidad, me di cuenta de la importancia que ejerce la figura de quien con autoridad enseña determinada materia. Hay profesores cuyo legado intelectual deja poca o mucha huella en el interior, el resultado depende, en buena cuenta, de la actitud del profesor hacia su alumnado, la actitud a la cual me refiero es la de *autoridad*. El profesor actúa con *potencia* (seguridad, firmeza, rectitud) y, al mismo tiempo, con capacidad para dar *permiso* psicológico (alentar) a quien enseña. Ser autoridad no significa inspirar miedo sino

respeto. El miedo se impone, es una forma de violencia; el respeto se gana, es una forma de agresividad (Lat. *ad gredi* = salir al paso). Philipp Lersch (1974) sostiene que el respeto se experimenta hacia alguien que es portador de valores que el sujeto considera aún no alcanzados; al mismo tiempo, el sentimiento de respeto tiene como requisito la experiencia de identificación y convivencia (experiencia nosística) con aquella persona. La educación, por su propia naturaleza exige que el verdadero profesor sea respetado: cuando aprendemos algo, partimos por la presunción de que *o no sabemos o sabemos poco* sobre lo que el otro conoce.

Ser autoridad, esencialmente, es ser capaz de activar las posibilidades de *autonomía* de su educando. La conducta autónoma facilita felicidad, entendida como algo más que bienestar y contento. Yo diría junto al recordado Leopoldo Chiappo, que se trata del “bienestar”, que tiene que ver más con la angustia que con el contento y ciertamente tiene complicidad con el amor y el autoconocimiento. La felicidad para el “hombre autotranscendente” del cual nos habla Frankl (1990) es más una promesa, no se trata tanto de ser feliz sino de ser digno de felicidad. En todo caso, la felicidad no es objetivo humano sino la consecuencia de haber encontrado sentido a la vida.

Para que haya autonomía (Gr. *autós* + *nomos*) se requiere la adecuada síntesis de la norma, haberla interiorizado y contextualizado. El *hombre autónomo*, a diferencia del *hombre independiente*, *ama* (= se involucra incondicionalmente con) *la norma* cuando es razonable como medio para un fin. La norma es razonable cuando posibilita realización humana y no es razonable cuando es norma por la norma misma, entonces puede utilizarse para manipular y hacer daño. Ser autoridad es ser autor de posibilidades para el otro. En mi opinión, ser agente de felicidad es ser promotor de autonomía; la felicidad “persigue” a quien se hace cargo de su conducta, su vida es responsable en la medida que es persona que sabe *responder* (= trascender a sí misma). Esto es lo que asegura mayor felicidad: la capacidad para la responsabilidad. El compromiso, la fe y la fidelidad son característicos de lo humano.

El educador necesita tener personalidad integrada si busca ser eficaz en su labor. El proceso de enseñar acciones razonables va más allá que el mero hecho de entender lo que uno tiene que hacer. Es necesario incluir el mundo endotímico de emociones, templos y todos los miembros de la personalidad, incluido lo psicossomático, es que el hombre es algo más que ser intelectual. La subestructura de la afectividad es importante para los procesos de cambio significativo. El discurso verbal sólo puede imprimir su sello cuando viene acompañado de hechos, aun así no seamos demasiado optimistas. La

personalidad consecuente del educador “arrastra” pero sólo a quien ha reconocido la necesidad de cambiar el rumbo de su comunicación (y de su vida) o de mejorarla. Son varios los caminos psicológicos para abordar el tema de la personalidad adecuada en el educador.

Aquí propongo dos cualidades que pueden hacer del docente mejor educador:

Es importante el Autoconocimiento; el conocimiento en sí mismo no basta, la información abundante sorprende y la habilidad intelectual ayuda mucho, aun así es necesario saber que el conocimiento no se busca como fin en sí mismo. El conocimiento sin humanismo es hueco, sólo impresiona y la gente suele ser impresionable. Queremos saber más para vivir con dignidad. Lo traduzco: para vivir más razonablemente, el objetivo del educador ha de ser la enseñanza del conocimiento con sentido personal, para lograrlo es importante que el educador se conozca a sí mismo. El autoconocimiento otorga autoridad para invitar a otros a conocerse a sí mismos y no sólo a conocer más cosas. Para influir en la manera de vivir de otro es necesario saber de uno mismo. La experiencia terapéutica nos muestra la gran cantidad de asuntos personales no resueltos que afectan al terapeuta novato cuando queda “bloqueado” y con “sentimientos de rechazo” hacia su paciente, por lo general estas actitudes defensivas están originadas por falta de autoconocimiento. No es infrecuente que el terapeuta experimente rechazo por un paciente que tiene las mismas carencias personales que él. Visto desde otro ángulo, el educador necesita estar alerta al tipo de relación que establece con cada miembro de su alumnado, conocer ciertas características facilita el nuevo modo de comunicación que le conviene establecer si desea promover actitudes más razonables y productivas dentro y fuera del aula. La destreza diagnóstica requiere ir acompañada de la capacidad de autoconocimiento, conocer mis zonas débiles me ayudará a estar alerta para saber protegerlas debidamente. Si el alumno desea repetir el patrón de conductas manipuladoras que aprendió y reforzó con sus figuras significativas, probablemente intentará repetir ese mismo patrón con su nueva figura de autoridad llamada “profesor”.

No podemos dar lo que no tenemos. Las personas con problemas psicológicos tienden a trasladar sus patrones rígidos de conducta hacia otros contextos donde menos les favorece, no lo hacen por “maldad” sino porque no tienen otro modelo que el empobrecido que aprendieron en casa. El alumno expresamente problemático no viene al aula con la intención consciente de hacer daño, a lo mejor que hablemos de trastornos de personalidad disociada, por lo general se trata de “juegos psicológicos” (comunicación manipuladora que busca crear dependencia tóxica) que tienen por característica

establecer, de modo no consciente, una relación de poder que confirme hipótesis infantiles de supervivencia psicológica. El educador requiere el conocimiento de sus propias fantasías y proyectos inconscientes para saber cómo enfrentar la posible manipulación del alumno que quiere, sin saberlo, afirmar su individualidad desconociendo que con ello se perjudica a sí mismo.

El autoconocimiento nos enseña a ser humildes; la humildad favorece el desarrollo del sentido del humor y ¿por qué no? también del eventual ánimo festivo. Quien se conoce sabe reírse de sí mismo y no teme incluso al “ridículo” de divertirse a plenitud. Es presuntuoso y se conoce poco quien no sabe tener algunas extravagancias o no acepta su secreta fobia como recuerdo de familia y para saberse profundamente humano. Es de humanos tener derecho a la “locura” esporádica y a un “cuadro agudo” de entusiasmo sin tener que pedir disculpas: *“Caer en la ‘locura’ tan sólo aterroriza a aquellas personas que no confían plenamente en su cordura”* (Maslow, 1988: 280). La educación no debe contentarse con el formalismo como único modo de aparecer ante los demás. La ecuanimidad y la discreción, que son otras formas de estar seguros, también tienen su momento y su ventaja, como veremos.

El conocimiento de nosotros mismos nos ayuda, sobre todo a desarrollar la Prudencia, a distinguir lo que conviene de lo que no y tener cautela. Esta virtud está asociada a: discernimiento, capacidad de juicio y confianza en sí mismo; es pertinente mencionar que facilita la *docilidad* que implica disposición para aceptar modos diferentes de pensar y de actuar. El profesor prudente también sabe aprender de otros, el autoconocimiento le permite desarrollar capacidad de autoestima y auto-protección psicológica que lo capacita para reconocer el valioso aporte de quien sabe menos, por eso el hombre prudente no escatima el reconocimiento de lo positivo de otros y aprende de sus propios errores, el que actúa prudentemente adquiere también *sagacidad* y *previsión*. La sagacidad se reconoce en la capacidad del docente para aprender por sí mismo sin necesidad que le digan cómo debe proceder, él encuentra soluciones eficaces ante los imprevistos y eso refuerza la propia confianza. La previsión es producto de la experiencia de cómo procede el ser humano y de la capacidad de juicio. Es probable que se desarrolle la intuición que conduce a la anticipación de problemas y a su posible solución.

LA ENSEÑANZA FUNDAMENTAL

La enseñanza fundamental que realiza el educador es la de quien nos ayuda a crecer como personas, una persona es mejor cuando tiene autonomía. La neurosis y la psicosis se caracterizan por conductas dependientes en diferente forma y grado; por esta razón, pienso que

la conducta dependiente, en tanto es conducta que le convendría al niño (naturalmente dependiente) y no al adulto, es una forma de regresión. Actuar en función del argumento de vida inconsciente es repetir patrones fijos, no alternativos, de supervivencia que han sido reforzados desde la infancia. La frecuencia de conductas descontextualizadas (dependientes) da como resultado una personalidad disarmónica. El sujeto capta la realidad en función de su esquema aperceptivo que lo incita a ver el mundo en función de su decisión temprana; por eso, desde la razón social vemos que el individuo sufre y “quiere” cambiar, pero actúa de modo tal que parece no interesarle el cambio. La persona autónoma sabe cómo hacerse cargo de sus pensamientos, sentimientos y acciones, por eso tiene facilidad para la felicidad.

En la tarea educativa se encuentran, sobre todo, el profesor y el psicoterapeuta, los dos requieren destreza para la enseñanza fundamental. Es necesario no centrar la atención en la superficie de la educación, allí sólo veremos tecnología e información, en el fondo se perciben cualidades humanas que trascienden el aula pero que se pueden reflejar eficazmente en ella. No se trata de alguna triada definitiva que saqué de alguna conclusión especializada, son tres elementos que, a mi juicio, componen la base de la educación, ellas sostienen y dan sentido a todas las demás enseñanzas, cada componente responde a un aspecto de la estructura de la personalidad, a saber, el intelecto, la afectividad y el soma: saber pensar, saber sentir y ser consecuente en los actos visibles con mis principios invisibles. A continuación expongo estos tres elementos de la enseñanza fundamental:

El profesor educa cuando tiene por objetivo fundamental “enseñar a pensar”. Pensar por uno mismo y no sólo invitar a otros a repetir de memoria lo que otro pensó. Si tenemos que ser precisos, pensar es como traducir, los que saben de idiomas no desconocen que las traducciones son imprecisas, nunca llegamos a captar a plenitud lo que el interlocutor nos quiere decir. Dentro del mismo contexto lingüístico y social ocurre también que cada uno traduce lo recibido en función de su repertorio de saberes y querer conscientes y no conscientes.

De alguna forma, la educación no sólo es operación del profesor sino permanente interpretación por parte del perceptor. El educando es determinante en su educación porque tiene el objetivo fundamental de ser dueño de sí mismo. En términos más operativos: el objetivo de la educación es que el alumno esté en condiciones de interpretar eficazmente su realidad, por eso no se trata de “saber más cantidad de cosas para ser más”, acaso no pocos padres envían a sus hijos a la universidad para que “sean alguien en la vida”, como si *saber más cosas* ga-

rantizase mayor existencia. Se trata de saber actuar en función de lo que se sabe y de estar preparado para saber usar los saberes que se irán incorporando. Advertimos que “saber” aquí significa *saber sentir* tanto como *saber entender*. De nada nos sirve la educación tecnológica y científica sin sentido humano, por más genial que sea la teoría le es imprescindible tener dimensión humana: lo humano se revela en el ámbito del valor y del sentido de la vida, como dirá Viktor Frankl (1990). A propósito, en el área del conductismo, es conocido el profesor Hans Jürgen Eysenck, psicólogo factorial que ha realizado aportes en la investigación de la personalidad. Juan José López Ibor (1975) nos relata del hecho insólito que tuvo como protagonista al famoso psicólogo durante una conferencia en la London School of Economics:

El profesor Eysenck (...) fue agredido violentamente por los estudiantes izquierdistas. Acababa de pronunciar sus primeras palabras cuando sus gafas le fueron arrancadas y rotas en mil pedazos. Los puñetazos llovían sobre su cara a medida que lo arrinconaban contra la pared; la sangre corría por su rostro, hasta que un grupo de estudiantes reaccionó y lograron arrojar del salón de conferencias a los agresores (López Ibor, 1975: 12).

Un “científico de la conducta”, profesor de Psicología de la Universidad de Londres y del Departamento de Psiquiatría del Hospital Maudsley, una de las mejores escuelas psiquiátricas del mundo, ahora es blanco de puñetazos e insultos. Continúa López Ibor:

El profesor Eysenck, que había logrado levantarse y acercarse al pódium, dijo: ‘No tengo ningún deseo de decir nada que pueda encender una controversia’. Un estudiante se lanzó en tromba sobre el micrófono y se lo arrancó de las manos... El inocente micrófono se quedó olvidado en el suelo; otro estudiante le arrojó un paquete de tiza sobre la cara; una docena o más, de estudiantes venidos de la Universidad de Birminham, le rodeaban durante singular espectáculo y de nuevo le lanzaban puñetazos al rostro (López Ibor, 1975: 13).

Los estudiantes lo consideraban sospechoso de fascismo porque Eysenck llegó a Londres en 1934, coincidiendo con la asunción de Hitler al poder. El psicólogo manifestó, posteriormente, que sus agresores necesitaban tratamiento y que muchos de ellos parecían anormales, mientras tanto el director de la London School of Economics redactaba sus excusas al profesor agraviado: “...Y así terminó un incidente que no honra ni a la Escuela ni a los estudiantes. Algunos de mis lectores se estarán preguntando por el motivo de tan brutal agresión, pues bien, es el siguiente: Eysenck cree que los negros son menos inteligentes que los blancos” (López Ibor, 1975: 14). Con estas palabras cerramos la descripción del penoso acontecimiento por el que tuvo que pasar el renombrado psicólogo por decir

semejante disparate en el nombre de la ciencia. Un estudiante serio no se contenta con el discurso sólido y apolíneo; no me refiero a los exaltados que golpearon a Eysenck sino a los innumerables que no se convencen por la inteligencia cuando se torna inhumana.

El profesor educa cuando “deja una inquietud por seguir conociendo” la realidad. El profesor enseña porque ama lo que hace y cuando se ama “sale a la vista”, “se nota”. Hablo de quien es profesor por “vocación”, no es infrecuente que los haya por “ocasión”, como solía decir de muchos médicos el Dr. Augusto Bazán Altuna. Este apartado es fundamental si queremos hablar de profesores auténticos. Quiero recordar las palabras del P. Francisco Interdonato Santisi S.J., con una enfermedad terminal se dirigía a sus alumnos de Teología:

Agradezco a todos los alumnos la receptividad y la apertura. Para mí ha sido una fuente de gozo dictar clases, si hubo mérito, gran parte ha sido por el anhelo que uno veía en los ojos de los alumnos. Ver tanta avidez era enorme prodigio de satisfacción. Siempre he querido poner de manifiesto todo lo que en la tradición teológica y eclesial era necesario que conocieran. Creo que la materialidad de la explicación o de mi enseñanza como profesor no subsistirá; pero el anhelo y el impulso hacia ese saber que he dejado en muchos, por el camino que Dios sabe, cada uno lo alcanzará.

El profesor educa cuando “es modelo de conducta” (= pensar, sentir y actuar). La acción revela algo de lo que pensamos y sentimos; nos conducimos desde lo que pensamos. La conducta empieza en el pensamiento y se hace manifiesta en la acción. El alumno no sólo requiere nuevas técnicas de aprendizaje, necesita ver coherencia conductual durante el tiempo en que atiende a su profesor. La tendencia a no hacer clase o hacerla deficiente a falta de multimedia es indicativo de que estamos dependiendo de los medios y, a su vez, descuidando el primer apartado de “enseñar a pensar”; los medios, por más avanzados e interconectados que sean, no son nuestros conocimientos, no los suplen.

El profesor, sobre todo el psicólogo y el educador, necesita tener algo de “Complejo de Batman y Robin”, uno que enseña a su compañero más joven e inexperto a descifrar acertijos. Qué importante es tener un maestro, aquella persona mezcla de amigo y padre, que no siendo ninguno de los dos, nos invita a tener confianza en nosotros mismos, a tener permiso para errar y permiso psicológico para hacer lo conveniente; y si hay suficiente coeficiente personal, capacidad de disfrutar sin dejar de ser exigente en el estudio. Necesitamos personas que nos enseñen y muestren con ejemplos los principios que están en los libros y en la Internet; la sugestión potente

de ver al profesor coherente que nos hable de coherencia en la vida; no necesitamos a los alumnos exaltados a los que alude López Ibor, tampoco profesores de bajo coeficiente personal, aunque tengan muchas maestrías.

Había mencionado al Dr. Bazán Altuna, este médico peruano trabajó en el ex Hospital del Niño y lo conocí a fines de la década de 1970 en la sección de quemados, introdujo la novedosa técnica de injertar piel de cerdo a las quemaduras para su pronta recuperación. Casi tres décadas después lo acompañé en dos ocasiones, entonces fui testigo de como realizaba, él ya muy anciano, su trabajo *ad honorem* atendiendo a madres de niños quemados; fui testigo de cómo asumía el costo de la atención para algunos niños en estado grave. Él estaba *profesando, dando testimonio* de su vocación de médico porque le gustaba ser médico, no es necesario ser psicólogo para ver autenticidad y coherencia de vida en este gran médico, en su tiempo de actividad formal tenía remuneración menor de la esperada para su labor; lamentablemente, he perdido el recorte del diario "El Comercio" (década del 80) donde él figura junto a otros profesionales de su época en el artículo cuyo título denuncia: "Genios que ganan poco".

La docencia exige elevado nivel de profesorado, me refiero al nivel de compromiso humano que se revela en hechos, eso es pedagógico, o mejor, "antropogógico" porque no sólo enseña al menor que inicia su recorrido en la cultura sino a todos, a nosotros, los más viejos y acostumbrados. He tomado ejemplos de verdaderos profesionales que nos han enseñado a vivir con dignidad; el profesor, ahora me refiero al educador, debe ser un profesional que exige al que sabe menos, pero lo central de su profesionalismo es que exige porque se exige, y si tiene mayor profundidad, porque enseña a disfrutar mientras enseña en la medida en que enseña disfrutando.

PSICOTERAPIA Y EDUCACIÓN EN VALORES

La psicoterapia moderna está en condiciones de lanzar modelos de conducta autónoma y otorga herramientas que mejoran nuestra comunicación (profesor-alumno), para ello ha tenido que reconocer la estructura fundamental de la personalidad y sus "hambres" o necesidades bio-psicológicas. La psicoterapia centrada en la interacción ha encontrado además el origen de la conducta dependiente (poco autónoma) que produce conductas por debajo de sus posibilidades de disfrute y éxito.

El Análisis Transaccional

Es importante destacar que todos tenemos un porcentaje de conductas (pensamientos, sentimientos

y actos) improductivas (pro-simbióticas) y no siempre actuamos acertadamente. La sabiduría popular nos repite a cada momento que "nadie es perfecto" y eso significa que no todo el tiempo acertamos en nuestro proceder; sin embargo, consideramos "simbiótico" o dependiente al sujeto que manifiesta frecuencia considerable de conductas que le perjudican de modo recurrente. El sujeto "simbiótico" opera de modo previsible según el programa conductual inconsciente llamado "argumento de vida", se trata de la hipnosis familiar que en realidad es conjunto de aprendizajes fuertemente arraigados operando al margen de la voluntad consciente del sujeto, el argumento puede activarse temprana o tardíamente. También se lo reconoce como "decisión temprana" porque se gestó durante los primeros seis años de vida.

El análisis transaccional ofrece el esquema tripartito de la psique humana, por medio de sus diagramas podemos visualizar cómo se sofisticada la necesidad de autoafirmación contextualizada (sana, OK o con los demás) y descontextualizada (patológica, NO OK y antisocial). Eric Berne (1994) plantea la existencia de tres estados del yo que constituyen la estructura de la personalidad. El estado del yo Padre es el sistema de conductas (pensar, sentir y actuar) de contenido directivo y protector al mismo tiempo, está centrado en conductas asociadas a lo que *debo* hacer. El estado del yo Adulto es el sistema de conductas con previo análisis y síntesis en función de la razón social, está centrado en lo que me *conviene* hacer. El estado del yo Niño es el sistema de conductas evolutivamente más antiguo y por lo tanto más genuino de la persona, su característica es la espontaneidad pues la actividad de este sistema responde a necesidades vitales cuya realización se reconoce en el ámbito emocional, está centrado en lo que *quiero* o me gusta hacer.

La ética del Análisis Transaccional

Los valores supremos de la Logoterapia de Viktor Frankl son la libertad y la responsabilidad (Frankl, 1990). La psicoterapéutica transaccional no niega la importancia de estos valores que incluye en el concepto de "autonomía": "El valor supremo, de tipo individual, para el AT, es la "autonomía", ayudar a las personas a conseguir autonomía ha sido la meta dominante, y a veces exclusiva, de los tratamientos" (Román et al. 1983). Es común asociar autonomía con la tendencia egocéntrica de quien sólo actúa en función de su provecho y sin tener actitud solidaria ni sentido de responsabilidad. Otros creen que autonomía significa hacer las cosas por que a uno se le antoja, como si la libertad fuese absoluta, aquellas interpretaciones distan de lo real. Autonomía en AT involucra conciencia moral, una persona autónoma ha sabido introyectar la norma y se identifica con ella

La misión fundamental del educador es mostrar al alumno el valor y la utilidad del valor con la vida misma en cada instante del presente.

cuando es razonable, esta identificación con la norma en función de la razón fomenta salud mental porque será difícil encontrar conflicto moral en el sujeto que no interpreta la norma como atentado contra sus intereses particulares. La persona normativa es autónoma porque ha "incorporado" la norma, ha hecho suyo el principio de la cultura y vive realizando valores en cada acto.

Aplicación del Análisis Transaccional en la educación axiológica

La idea analítico transaccional de que hay conductas improductivas, patológicas (No OK) da paso al reconocimiento de la situación sistémica de la conducta según la cual lo importante no es lo que el sujeto piensa, siente o hace sino lo que para él significa pensar, sentir o hacer tal cosa, aquí aparece un principio semejante al planteamiento cognitivo de la terapia racional - emotivo - conductual (TREC): "*La sentencia más famosa de la teoría de los ABC fue expresada por Epicteto: 'La gente está perturbada no por las cosas, sino por la visión que tiene de las mismas'...*" (Ellis y Grieger, 1990: 26). El AT pone énfasis en que lo importante de la conducta es el significado que tiene para el sujeto, para ello servirá de referencia cada estado del yo como sistema programado de conductas. Las diferencias arquitectónicas de cada estado del yo revelan su pertinencia de uso y potencia de utilidad, todo ello en función del contexto.

Lo antedicho significa que la existencia de sistemas de conducta diferenciados cuya acentuación depende de la racionalidad que le otorga su contexto de personas y situaciones, revela que su utilidad puede verse interferida si se usan estados del yo en el momento inadecuado a su contexto; por ejemplo: si una alumna pide permiso para salir del aula poniendo expresión de fastidiada no es suficiente información para darle permiso, el profesor actuará con racionalidad si en vez de actuar en el estado del yo Padre, dando permiso para salir, procede en función del contexto. Él, entonces, pregunta por qué razón ella desea salir del aula. La expresión de fastidio no es suficiente argumento para salir del aula. Al pedir información, el profesor está acentuando su estado del yo Adulto, no actúa racionalmente por usar el estado Adulto sino que actúa racionalmente porque usa el es-

tado del yo adecuado según la exigencia de la situación. Sería, por el contrario "irracional" que el profesor deje salir a la alumna sin informarse adecuadamente, porque de no hacerlo podría estar reforzando una conducta manipuladora que detrás de su expresión de fastidio sólo quiere evitar dar explicación de una salida innecesaria del aula. Aceptar la posible manipulación de la alumna es reforzar la conducta que ella ensaya inconscientemente (sin mayor propósito consciente) porque probablemente le dio resultado antes con papá y posiblemente desde muy pequeña, es por eso que se molesta cuando el profesor no le concede el permiso al saber que sólo quería salir porque había vibrado su celular.

El profesor aquí está dando su primera "lección" en valores en la medida que está siendo justo, y es justo porque quiere que todo su alumnado esté en condiciones de saber lo que se comprometió a aprender. Aprender lo que es útil para hacer mejor la vida es proteger a la totalidad de su alumnado. Saber pensar y saber hacer mejor las cosas que a uno le gusta hacer es un modo de autoprotección, y la autoprotección psicológica refuerza la autoestima. Una persona con adecuada autoestima está en condiciones de disfrutar de lo que hace y, por lo tanto, de tener éxito en lo que se propone hacer, la persona que realiza sus proyectos, logra mayor autonomía. El colectivo tiende a valorar y seguir a personas con autonomía en su vida. El ser reconocido por lo que somos y hacemos es protector, la protección psicológica involucra el reconocimiento de la valía de uno mismo. Quien se quiere está en condiciones de amar a otro, que es involucrarse de modo incondicional, no es cuestión de dinero, no es cuestión de felicidad superflua y larga vida en contento; es cuestión de dignidad. Mahatma Gandhi es aquí el ejemplo encarnado.

¿Qué garantiza la equidad? La norma razonable: "Está prohibido encender celulares durante la hora acordada para escuchar al profesor". ¿Por qué obedecer al profesor y acatar todos la norma? Porque si trasgredimos la norma y la interpretamos como un obstáculo contra nuestros intereses individuales no siéndolo, atento contra la posibilidad de progreso de todos, yo incluido; la norma, la razonable, exige sacrificar el interés personal de hablar por teléfono con fulano o mengana en pro del interés del colectivo: que todos realicen su egoísmo en lo posible, mientras cada uno niega la satisfacción de su interés individual inmediato. La cultura premia y eleva monumentos duraderos a los que radicalizan esta obediencia razonable.

La misión fundamental del educador es mostrar al alumno el valor y la utilidad del valor con la vida misma en cada instante del presente. Su mejor argumento es que sin valores vividos (realizados a cada instante en hechos) acaba con uno mismo y con los demás.

¿Por qué? Porque los valores son como el instinto o "mandato ciego" de la cultura a los que no podemos renunciar como seres convivientes. El mandato ciego de la biología no se puede evitar en el mundo animal. El animal "es" básicamente instinto; el humano gracias a su capacidad de incorporar cultura ha mediatizado la vida del instinto y lo ha recreado en programas tendenciales que le señalan el camino de comer o de reproducirse, pero sólo los hace eficaces en función de su cultura. La biología sigue sosteniendo cada una de sus conductas pero es el *constructo nuclear* (= persona) quien finalmente decide. Y para que la actividad humana sea perfecta es necesario elegir en función del valor, hablo de perfección en el sentido del término latino *perficere* = "por hacer", hacer para continuar el hacer al estilo de Sísifo, con atrevimiento.

IMAGEN DEL HOMBRE, VALORES Y SENTIDO DE LA VIDA

En la psicología hay una modalidad de psicoterapia que está centrada en ayudar a que la persona encuentre el sentido de su vida. La logoterapia (= terapia centrada en el sentido de la vida) fue creada por el psiquiatra Viktor Frankl quien propone en su libro *Logoterapia y Análisis Existencial* (Frankl 1990) que su teoría, el análisis existencial, sirve como antropología para toda psicoterapia. La logoterapia parte de la idea del hombre como ser que está proyectado más allá de sí mismo, es un ser "autotranscendente". El hombre es persona espiritual que trasciende su organismo psicofísico. La vida psíquica es, en su origen, mandatos biológicos que nos mueven hacia la supervivencia individual (voluntad de poder) y de la especie (voluntad de placer), pero se reconoce el entrecruzamiento de mandatos culturales que son captados por una instancia racional (persona espiritual) en forma de *valores* y *sentidos* que lo proyectan más allá de sí mismo (= autotranscendencia), interrogándolo de modo permanente (= voluntad de sentido).

La autotranscendencia se realiza en multidimensionalidad. El hombre es un ser físico, psíquico y espiritual. La tri-unidad del ser encuentra su núcleo en la persona (self individual). La persona está afectada existencial (capacidad de permanecer fuera y ante sí mismo) y espiritualmente (capacidad de obrar libremente y con responsabilidad), por ejemplo, si tenemos ante nosotros a un sujeto que asiste a clases sin haber dormido lo suficiente:

1. Dimensión física: tiene sueño y bostezo.
2. Dimensión psicológica: leve estado de confusión que le genera inseguridad.
3. Dimensión espiritual: la decisión de asistir a clase a pesar del cansancio físico y las consecuencias psicológicas de tal estado.

Toda acción humana es una acción libre, la persona es libre para ser responsable, responde a un valor. En el caso del alumno puede ser el valor utilitario de hacerle creer al profesor que su curso le interesa (= maniobra de poder), puede que éste asista a clase porque desea saber más para convencer a otros de que es más inteligente (= maniobra de poder), también puede ocurrir que el alumno esté convencido de la importancia de asistir a clase para comprender mejor la realidad (= deseo de saber) y para ser consecuente con el compromiso que hizo de asistir al matricularse (= sentido normativo); en el último caso, hablamos de valores cuyo fin no está en el interés individual (psicosomático) sino en la esfera de la espiritualidad, la libertad del sujeto es para concretar valores.

El ser humano puede enmascarar su deseo de sentido frustrado en "sensaciones de sentido" como el placer y el poder. La logoterapia reconoce que el hombre puede confundir medios con fines. El placer y el poder no son fines sino instrumentales del humano para hallar sentido a su vida. El poder es un medio y el placer junto a la felicidad son sólo consecuencias del acto autotranscendente; sin embargo, el hombre puede actuar "como sí" el placer y el poder fuesen fines en sí mismos; puede convertir el poder y el placer en "valores sustantivos" siendo en realidad "valores instrumentales". La libertad por la libertad misma es un acto mecánico e inhumano, la búsqueda de lo instrumental como si fuese sustantivo es la manifestación de aquello que la logoterapia denomina "frustración existencial" cuyo síntoma evidente es el "aburrimiento" (Frankl, 1987: 14). El hombre encuentra sentido a su vida cuando se proyecta más allá de sí mismo en la realización de valores, propone que el valor "arrastra" al hombre y la dimensión psicofísica le sirve de soporte:

En realidad (...) el hombre no es empujado por lo instintivo sino que es arrastrado por lo que tiene valor. Sólo una violación de la lengua permite que en relación con los valores se hable de un ser empujado o de un ser propulsado. Los valores me atraen pero no me empujan. En situación de libertad y de responsabilidad me decido por la realización de valores (...). El carácter instintivo - psíquico, los instintos, se introducen en esta aspiración espiritual hacia los valores como una energía alimentadora. (Frankl, 1990: 112-113).

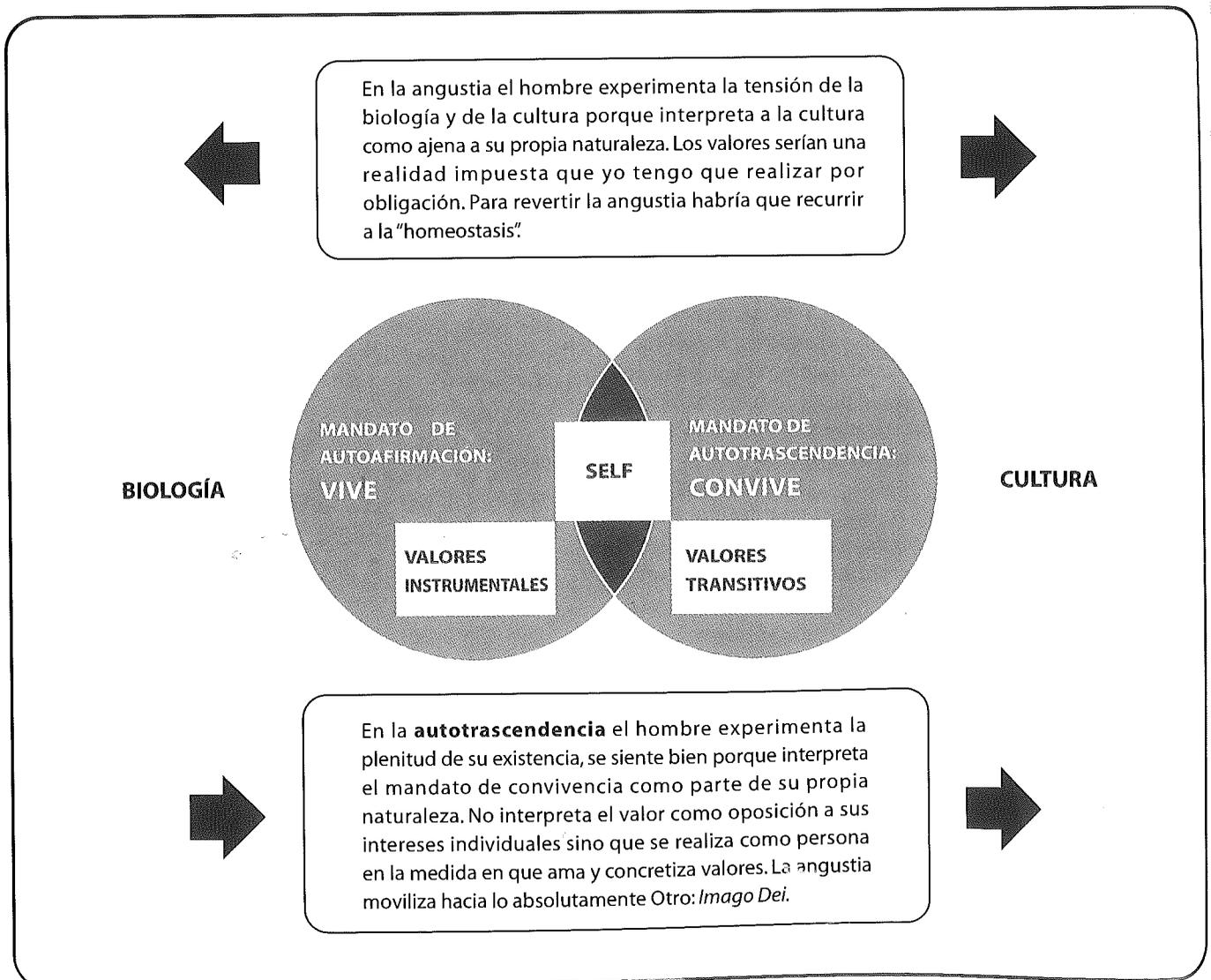
La conciencia está apta para captar el valor en la medida que la estructura central de lo humano (el sí mismo personal) es "conciencia moral" (Lersch 1974). La persona ya no experimenta la ansiedad o la *angustia* (= angostura) de su existencia que le llama al placer de vivir como individuo y al deber de convivir en la realización de *valores esenciales* (= transitivos). La tensión

que ejercen los mandatos aparentemente opuestos (vive y convive) se experimentan armónicos cuando el sujeto opta (libremente) por autodistanciarse en el sentido del humor y el autoolvido.

El amor se convierte en antídoto para la existencia feliz, no me refiero al amor sentimental sino al amor fundamental que es deshacimiento y “despersonalización positiva” (no masificación). Es el inicio de la vida espiritual (libre para la responsabilidad). Autotrascendencia implica interpretar el valor no como obligación sino como deber anhelado que no se puede posponer en su realización, es por eso que la renuncia a los placeres y poderes momentáneos (= valores instrumentales) no produce neurosis porque el “yo” o sí mismo personal “se ha dejado arrastrar por el valor”. El hombre entonces *obedece libremente* mostrando con ello el acto extremo de voluntad libre. La vivencia de fe pone de relieve el acto obedientemente querido que tiene sentido en el cumplimiento de la voluntad divina. La imagen de Dios (*Imago Dei*) se convierte en el referente de atracción cultural más potente, en la medida que se

presenta como revelada desde una instancia superior a la razón humana (Véase el cuadro).

Con este gráfico estamos afirmando que el “yo” es sólo una instancia que construimos con el lenguaje. Lo que realmente existe es la persona (= sí mismo personal), que está constituida por dos mandatos que en realidad no son contradictorios. El psicoanálisis parte de una premisa errada al interpretar al ser humano como ser únicamente bio-psicológico (movido por el placer intensivo de su sexualidad). La cultura no tendría porqué ser motivo de malestar. Placer y sentido de la vida no son opuestos sino que integran la existencia. La felicidad cobra su verdadero sentido no en la satisfacción corporal ni en el contento sino en la vía paradójica de la capacidad para renunciar, en la insatisfacción fundamental del humano que está siempre en búsqueda. Pero no hablo de búsqueda ansiosa propia del aburrimiento existencial sino de búsqueda esperanzada. La felicidad es más una promesa. A final de cuentas, la actitud esperanzada es psicológicamente necesaria porque la realidad nos



muestra que la satisfacción, el contento, el placer y el poder son perecederos..

El hombre es un ser en busca de sentido, esto significa que busca actuar de la mejor manera a cada momento porque se sabe finito, intuye que el sentido profundo de su vida no lo encontrará en lo temporal del aquí y ahora. El hombre es siempre un proyecto, un ser en constante invención de sí mismo, pero esta autoinvención no se realiza sin material ni modelo previo. El hombre se inventa en función de límites que son los que le dan forma, los valores son estos referentes que atraen y arrastran al hombre dándole la idea de su forma definitiva que la cultura reserva para lo divino. La plenitud de lo humano, su sentido último es la muerte como concretización definitiva de la voluntad de sentido. Dios es el modelo a seguir, entendamos aquí "Dios" como la razón de ser de todo y fundamento de todo valor: "la *invención*" del hombre (...) se produce en la *imitatio Dei*" (Frankl, 1987: 282); por esta razón, el hombre ya no sólo es *Homo Viator* sino también, al menos de modo inconsciente, un *Homo Religiosus*.

EXPERIENCIA DE DIOS Y SENTIDO DE LA VIDA

La expresión máxima de este modo de actuar que aprendemos de la cultura es la norma moral religiosa. En el fenómeno religioso se reconoce que, así como el animal, sólo reactivo ante el mandato ciego del instinto, el humano es capaz de probar su libertad de acción al límite que decide "obedecer libremente" (= incondicionalmente) a una entidad que reconoce superior y, que en la mayoría de los casos, denomina "Dios". Lo divino es el centro que fundamenta la existencia humana y da sentido pleno a cada valor. El humano separa un espacio al que denomina "sagrado" para que no sea pisoteado por su propio intelecto, de ahí que el mito, a diferencia de la fábula, no tenga el carácter educativo o moralizador por su alejamiento de la explicación lógica. Las narraciones de las primeras civilizaciones nos revelan que Dios (o los dioses) no puede ser puesto en cuestión porque su realidad se presenta por encima de toda intelección humana.

No hay modo de objetar la existencia de Dios porque Él no usa las plantillas de nuestros razonamientos de soporte sensible. Dios no se presenta como asequible por el raciocinio o por la abundante información. El relato acerca de la torre de Babel (Gn. 11, 4-9) simboliza el esfuerzo inútil por parte del hombre en su intento por "llegar" (= comprender) a Dios por sus propios medios. Dios se presenta como el que toma la iniciativa y da el primer paso en el encuentro de religación (Gn. 3, 9-10). El hombre busca y se pregunta acerca del más allá y de la existencia de Dios pero es Dios quien inicia el diálogo, Él se ha "revelado" para dar a conocer más

de lo que la intuición humana puede lograr con sus representaciones de Dios: "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo..." (I Juan 4,10).

Lo sagrado se revela como el "punto ciego" que la cultura ofrece para la acción "ocular" humana. Dios y su designio no es totalmente comprensible para el hombre, pero el hombre lo presiente de forma natural porque está predispuesto al bien y no a lo que le hace daño. El instinto le otorga placer inobjetable para el mantenimiento de su propia vida. En cada acto buscamos nuestra comodidad y bienestar. La religión, como polo opuesto del egocentrismo, le otorga al hombre un deber no convencional que está sustentado en el *Absolutamente Otro*. Es un "Dios escondido" (Isaías 45, 15) en lo profundo del corazón para el mantenimiento de la convivencia, pero el imperativo es radical, no sólo amar al prójimo (= próximo) sino, sobre todo, a uno mismo (Lucas 10, 27) que ya es una forma elemental de amar a Dios, quien se ama también quiere lo mejor para sí mismo y busca su propio bien y Dios se presenta como el único bien por el que vale la pena luchar (Mateo 16, 24-25).

Philipp Lersch (1974) sugiere la procedencia del término "religión" a la palabra latina *religiere*: (= sujetar, volver a juntar). Los valores, vistos desde esta experiencia humana de la "religación" son referentes conductuales primarios. A la inversa que Sigmund Freud (1948) cuando decía que los instintos sexuales del Ello son referentes primarios de la conducta; ahora con Viktor Frankl (1986) decimos que lo profundo de lo humano no está reprimido en el inconsciente entendido de modo tan limitado como en el freudiano. Dios es el referente absoluto de los valores sustantivos (verdad, bondad, justicia, belleza, fidelidad, etc.) y de todo *valor* (= todo lo que es bueno para la realización de lo humano), Él se revela como el sentido último de la existencia colectiva y por lo tanto de la existencia personal. Viktor Frankl (1990) nos está diciendo que los valores son el eje de la existencia humana, esto al margen de la creencia explícita en la existencia de Dios. Desde el punto de vista psicológico y antropológico, lo importante del acto religioso no está en si hay una creencia en términos intelectuales, es más importante la religión en tanto es "acto fiel". Entendamos fidelidad en el sentido de tener "fe efectiva", ella exige que cada persona sea consecuente (= hechos privados y visibles) con lo que cree.

Lo sagrado se revela en el hombre no cuando éste arremete con un discurso inteligente sobre Dios sino cuando vive según su Dios: cuando le deja a Dios ser su Dios. La interpretación cristiana de Dios es radical, afirma que "Dios es Amor" (I Juan 4, 8) y lo que hace el

hombre *amorado* (= realmente unido a Dios, religado) sólo es conducta coherente: respeto a sí mismo y a los demás. Respeto no en el sentido de actitud cuidadosa e inofensiva; tampoco en el sentido de saludo reverente o de mirar a los ojos del interlocutor sino respeto en el sentido de capacidad de silencio ante el misterio de uno mismo y del otro. Desde la tradición hebrea el ser humano es creación de YHWH (nombre impronunciable de Dios). El hombre está hecho a su imagen y semejanza (Gn. 1, 26-27), por eso merece respeto, cada ser humano merece ser venerado, incluso el delincuente y el peor enemigo, con ello no quiero decir que no elevemos nuestra voz ante lo que consideramos conducta injusta y malintencionada (Mateo 10, 26-27; 18, 15-17).

Aquél que afirma no creer en Dios y ama con obras, dando la vida por sus principios, tiene fe efectiva y Dios inconsciente, sin sospecharlo es profundamente religioso; con lo antedicho también estoy afirmando que el ateo no tiene porqué exonerarse del curso de religión, tampoco está obligado, el mejor curso de religión es nuestra propia vida en tanto somos consecuentes con nuestros principios. En este apartado me dirijo, sobre todo, a los educadores comprometidos con su fe cristiana, Dios y los valores sirven de poco si están sólo en el intelecto mientras figuran como “no habidos” en el deseo más profundo. A este pensamiento nuclear los hebreos le decían *leb* (= “corazón”): “Amarás a Yahvé tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Queden en tu corazón estas palabras que yo te dicto hoy” (Deuteronomio 6, 5-6).

A propósito, el término “creer” proviene del latín “*credere*” que incluye el vocablo griego “*kardia*” (= corazón), encierra un significado profundo y dice del acto involucrado de esperanza y de fe. El “*credere*” latino proviene de dos vocablos indoeuropeos que unidos significan “*poner el corazón en...*”, nuestro mejor pensamiento proviene de la idea que es central en nuestra vida. El coeficiente personal, la grandeza del alma, decide el nivel de trascendencia de nuestro pensamiento: “*Porque donde esté tu tesoro, allí también estará tu corazón*” (Mateo 6, 21). El psicólogo y el educador que no se consideran creyentes o religiosos, lo pueden ser por ley natural. La conciencia de cada persona grita “justicia” y es indicio de humanismo estar comprometidos con el tema del valor y del sentido de la vida, sería un error pensar que la religión es algo superpuesto y ajeno o por encima del humanismo. Desde una perspectiva humanístico-cristiana sabemos que la religión (la vida del creyente, del que confía en el Amor) es la radicalización del humanismo.

La religión como fuente de reflexión acerca de la coherencia de vida y del tema de la trascendencia en

nuestras decisiones individuales es de gran importancia para fundamentar el sentido último de los valores, el sentido de la vida misma, incluido el sentido del sufrimiento. La religión y la aproximación al tema de lo sagrado es urgente en medio de un mundo secularizado en donde prima la “ética del depende”. Los filósofos ateos hace tiempo que “mataron” a Dios con elegantes razonamientos, era más vistoso pasar por intelectuales agnósticos y afirmar la posibilidad de la existencia de Dios pero sin mayor compromiso vital. Es una época de oscurecimiento axiológico y la humanidad está pasando por una crisis de fe, los valores antes “provolucionarios” del cristianismo, hoy se ven desacreditados por líneas de pensamiento relativista, incluso en el ámbito teológico como se afirma en la Encíclica “*Veritatis Splendor*” (Juan Pablo II 1993).

Pero la fe en Dios todavía permanece y para los cristianos es el motivo de nuestra esperanza. En medio de la crisis de valores ya no será tan necesario refutar el relativismo y el discurso filosófico ateo con argumentaciones exegéticas. No olvidemos que la religión, antes que una ideología, es un encuentro entre Dios y el hombre, para los cristianos la religión es un acontecimiento, un acto divino: “*Y la Palabra se hizo carne y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria...*” (Juan 1, 14). Este breve texto del Evangelio revela que la médula del cristianismo es ser testigo de “algo que ha ocurrido” y la proclamación de tal “Evento” (= Jesús) exige la simplicidad del amor sin pretextos. Es la vida misma la que se convierte en oración y, al mismo tiempo, en nuestra mejor enseñanza. El educador, cuando es coherente con sus principios, es agente de un concepto profundo de felicidad.

CONCLUSIONES

La vida centrada en realización de valores genera motivos de felicidad. Los *valores sustantivos* (verdad, bondad, justicia por delante en la escala del cristianismo) son referentes primarios de conducta y su cumplimiento nos permite realizar nuestro propio egoísmo con los demás (= sentido de comunidad, experiencia nosística, transitividad, autotrascendencia). Los mandatos biológicos que en el humano son tendencias hacia la conservación del propio poder y placer (= *valores instrumentales*) no contradicen el mandato cultural que en la vida consciente del hombre se traducen como tendencias amoratorias y morales.

La vivencia de vacío de sentido y de disarmonía psicoespiritual sólo es experimentada por el individuo que no ha sabido introyectar normas. La inadecuada interpretación de la norma como atentado subjetivo contra los intereses individualistas refuerza las metas inconscientes de poder que constituyen el soporte del

argumento de vida inconsciente. Los mandatos frenadores detienen el desarrollo de la psicoespiritualidad, se interrumpe con ello el amor a sí mismo y a los demás que produce felicidad. La logoterapia de Viktor Frankl será de utilidad para enseñar una antropología centrada en el sentido de la vida.

El educador requiere ser consciente de la naturaleza profunda de su labor como miembro instrumental de su cultura. La cultura se sirve de él para hacer efectivo su objetivo de convivencia como ser en *comunidad* (= cohesión de cada individuo en común unidad). El prerrequisito de la sociedad justa es ser justo con uno mismo; la patología personal consiste esencialmente en lo contrario: hacernos injusticia. El soporte de la patología psíquica es "soberbia" en el sentido del *hybris* griego: pretender ser más o pretender ser menos de lo que realmente soy.

La verdadera habilidad social es habilidad para que cada sujeto sea consecuente con sus principios y en lo posible no se contradiga. Una verdadera psicoterapia profunda invita a ser lo más consecuentes posible con nuestros principios. La educación debe ser también psicoterapia preventiva. El análisis transaccional puede servir de herramienta para el educador en valores por la sencillez y claridad de sus diagramas y técnicas de intervención.

Capacidad para la felicidad no quiere decir estar relajados y contentos porque tenemos poder y ya estamos asegurados. Capacidad para la felicidad la tiene quien de modo muy particular ha vivido de cara a Dios o ha tenido su presentimiento inconsciente a través de la experiencia del valor esencial. Dios escribe recto en líneas torcidas y se sirve de caminos misteriosos para aproximarse al hombre, en ocasiones se muestra a través de personas y de situaciones para continuar su conversación secreta con el hombre. A veces resulta más cristiano el que vive como cristiano sin saberlo. La educación religiosa es portadora de una tradición de valores y sobre todo del fundamento de una vida con valores. El no creyente no está exonerado de participar dentro de la esfera del valor cristiano y de su sentido, pero el verdadero curso de religión, en esencia, la mejor forma de enseñar sobre el fundamento de los valores es nuestra propia vida.

La experiencia nos dice que, en el camino hay sustos y desencantos, también llanto y dolor. La felicidad no quiere decir que ya se está libre de problemas, en el camino habrá momentos de desabrimiento espiritual, pero el cristiano debe saber que está de paso y que su vida es como las pampas de Nazca. Desde su perspectiva humana sólo verá piedras y desierto; desde la mirada *escatológica* (= lo último, el más allá) es diferente: verá que las "líneas" de su vida sí tenían sentido.

REFERENCIAS

- Bernabé, Alberto (2001). *De Tales a Demócrito. Fragmentos presocráticos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Berne, Eric (1994). *¿Qué dice usted después de decir "hola"?* Barcelona: Grijalbo.
- Biblia de Jerusalén* (1998). Revisada aumentada. Bilbao: Disclée De Brouwer.
- Cassirer, Ernst (1945). *Antropología filosófica*. México: FCE. Ellis, A. y Grieger, R. (1990). *Manual de terapia racional-emotiva (V-2)*. Bilbao: Disclée De Brouwer.
- Frankl, Viktor (1986). *La presencia ignorada de Dios*. Barcelona: Herder.
- Frankl, Viktor (1987). *El hombre doliente. Fundamentos antropológicos de la psicoterapia*. Barcelona: Herder.
- Frankl, Viktor (1990). *Logoterapia y Análisis Existencial*. Textos de cinco décadas. Barcelona: Herder. Iacopi, Gianfranco (2007). *San Padre Pio de Pietrelcina. El cirneo de Cristo y de todos*. Lima: OMP. Juan Pablo II (1993). *Carta Encíclica Veritatis Splendor*. Lima: Ed. Salesiana
- Lersch, Philipp (1974). *La estructura de la personalidad*. Madrid: Scientia.
- López Ibor, Juan José (1975). *Peligro en las aulas*. Madrid: Tercer Milenio.
- Román y otros (1983). *Análisis Transaccional. Modelo y aplicaciones*. Barcelona: CEAC
- Maslow, Abraham (1988). *El hombre autorrealizado*. Méjico D. F.: Kairós.
- Saint Exupéry, Antoine (2000). *El Principito*. Santiago de Chile: Dolmen.

LIC. IVÁN MAURIAL CHÁVEZ

Licenciado en Psicología. Autor de *La inversión de los valores. Relativismo axiológico del significado de la mujer en publicidad a través del tiempo (USMP)*, Lima, 2001. Director y miembro fundador del Instituto Viktor Frankl de Psicología y Ciencias de la Conducta (IVF). Docente universitario.